

Ya no puedo más!... Me ha hecho usted reír tanto en la mesa... ¡Qué loca!...

ROBERTO.—¿Burlitas a mí? ¡No faltaba más!

GRACIELA.—Si no es de usted, Roberto, sino de sus ocurrencias. Suelta usted cada chiste... ¡Qué afortunado ha sido hoy!...

Es el hombre más gracioso del mundo, decididamente!

ROBERTO, *simulando gravedad*.—¿Eso va en serio? Pues no me hace usted mucho favor. Le prometo que en el primer circo que halle me contrato como *clown*.

GRACIELA.—¡Qué loco es usted! ¡Pero qué loco! ¡Jesús!

## ESCENA II

### Dichos y UN CRIADO

que recorre las salas con una bandeja de tazas de té y de café. Se acerca a la pareja y les ofrece.

ROBERTO, *a Graciela*.—¿Té o café?

GRACIELA. Prefiero el café.

ROBERTO, *zumbón*.—Es más espiritual...

GRACIELA. ¿De veras?

*Roberto le ofrece una taza de café y toma otra para sí. El criado se aleja haciendo una reverencia. Ambos lo prueban.*

GRACIELA.—¡Qué rico aroma! Buen café...

ROBERTO.—Ha tenido usted suerte, porque el mío está más amargo que un diputado de la oposición.

GRACIELA, *souriente*.—Ya empieza...

ROBERTO, *con aire confidencial*.—Usted que ha sido tan complaciente conmigo—¿se acuerda de la temporada veraniega de hace dos años, en la quinta de doña Antonia?—quiere permitirme probar su café... puede quedarse con el mío...

GRACIELA,  *fingiendo enojo*.—¡Qué pretensiones! Gracias, no se moleste!

ROBERTO.—Perdóneme, Graciela. Lo hacía por mera curiosidad... el café podría contarme ciertos secretillos suyos que me agradaría conocer...

*Ambos siguen tomando sorbos a largos intervalos. Ella de vez en cuando se muerde los humedecidos labios.*

GRACIELA, *ya en tono jovial*.—Quédese con la curiosidad. Además, el café es muy discreto; nada le diría.

ROBERTO, *con énfasis impuesto*.—¡Dis-

creto el café! Si no conozco un charlatán más locuaz!

GRACIELA.—Bueno. Quiere usted contarme siquiera una de tantas indiscreciones del café? Una sola no más.

ROBERTO.—Le advierto que no me constan. Sólo las sé de oídas...

GRACIELA.—Tiene usted un modo, que parece que se estuviera burlando de mí.

ROBERTO.—Ah! no lo crea. Soy incapaz!  
*Muy insinuante.*

...Pero deme usted un sorbo, uno solo, un sorbo y nada más.

*Rápidamente arrebatada la taza a Graciela y bebe.*

GRACIELA, *enojada*.—¡Atrevido!

ROBERTO, *clnicamente*.—Curioso... nada más que curioso, señorita.

Al fin he matado la curiosidad, conforme manda el célebre consejo de Madame Staël: me he librado de la tentación, sucumbiendo en ella...

Es el modo más fácil que se conoce...

GRACIELA, *otra vez de buen humor*.—Está perdonado; mas con la condición de que ha de contarme lo que le dijo mi café.

ROBERTO, *reticente*.—Oh! tantas cosas!...

Cuando yo le aseguraba que el café era muy indiscreto...

GRACIELA.—Cuénteme, hombre!...

...Pero qué se figura usted que es el café?

ROBERTO, *con ducha cortesanía*.—Graciela: el café es un caballero gentil, siempre de negro, que besa con pasión los labios de las mujeres bonitas... Mas al fin, conquistador incorregible, es presuntuoso e indiscreto...

A mí me ha dicho que vió en sus ojos una llama viva que se alarga, e inflama a todos los que junto a usted pasan...

GRACIELA, *complacida*.—Y dígame, no le contó también cuántos se habían quemado en ella?

ROBERTO.—No, señorita; pero me figuro que todo el censo del año pasado... mi amigo Luis inclusive.

GRACIELA, *ligera y sobresaltada*.—¿Por qué? Él le dijo algo?

ROBERTO.—No, nada.

GRACIELA.—Fué que se me declaró hace un momento... Imagínese... Pobre!...

*Ambos sourten, y Roberto pone las tazas sobre la mesita contigua.*